vió hipocondríaco, y comenzó á sufrir accesos de profunda melancolía, que se reprodujeron varias veces durante su vida. Es muy posible que esto, así como la dureza é irascibilidad que se manifestó en su carácter en los úlimos años, se debiera á la influencia de una sensación de aislamiento sobre un temperamento en alto grado impresionable. Y no fué meramente causa de ello la soledad de un hombre de genio, cuya compañera de toda la vida tenía un alma vulgar, sino la desgracia de aquel que en vano buscaba la simpatía, la penetración y la ternura que solamente se encuentran en ciertas mujeres. A pesar de la confianza que Cromwell tenía en sí propio en las grandes crisis de los asuntos públicos, ó en las batallas, era muchas veces el hombre en quien más poderosamente influían aquellos á quienes amaba y en quienes tenía confianza. Si le hubiese tocado en suerte una compañera de tan elevadas ideas como las suyas, una mujer que hubiera penetrado todos sus pensamientos, interesándose en todas sus dudas y apuros, siempre dispuesta á simpatizar con él, á consolarle en sus horas de tristeza, á regocijarse por sus triunfos, y al mismo tiempo á combatir con la energía de una mujer de buen criterio la extravagancia de sus perturbaciones, es muy probable que habría sido un hombre más grande y mejor de lo que fué, y que «Drogheda» y «Wexford» no habrían llegado á tener la temible significación que les relaciona con su nombre.

Cromwell trató siempre á sus hijos con la mayor ternura. Tuvo nueve: el mayor, Roberto, nacido en 1621, murió á los diez y ocho años de edad; el siguiente, Oliverio, que vió la luz un año después, llegó á ser capitán, pero falleció á consecuencia de la viruela, según se cree, antes de terminarse la guerra; Brígida, que fué más tarde esposa de Ireton, nació en 1624, y parece que era mujer de talento, aunque no de carácter bondadoso; asemejándose á su madre por este concepto, y á su padre por su inteligencia. Ricardo, el futuro Protector, tenía dos años menos que Brígida, y á juzgar por los datos que se tienen sobre su carácter y disposiciones, se diferenciaba mucho de su padre: Carlyle le tacha de «trivial y perezoso.» Cromwell le reprendía á menudo por su falta de actividad y por lo informal, y nunca le confió ningún cargo de importancia. Sin embargo, quería mucho al muchacho, sin duda por su carácter cariñoso á la par que enérgico; no era enemigo de nadie más que de sí propio, y á todos agradaba, excepto á los más severos puritanos. Ricardo vivió hasta los ochenta y seis años de edad. Enrique, el cuarto varón, nacido en enero de 1627 ó 1628, fué un Cromwell por algo más que por el nombre. Ingresó en el ejército á los quince años, y en 1657, dos antes de la muerte de su padre, fué elegido diputado por Irlanda. También vivió mucho tiempo después de haber recobrado el rey su corona; y con el resto de su familia sufrió muy poco al parecer, á pesar de ser el hijo de un regicida, hecho que debe recordarse haciendo justicia al buen nombre de Carlos II.

La flor de la familia, sin embargo, fué Isabel: no contaba más que trece años cuando se hizo ondear en Nottingham el estandarte real, en 1642; y cuando se estableció el Protectorado, en 1654, hallábase á la flor de su edad. Su esposo, Juan Claypole, de Norborough, era hombre inofensivo, de carácter bondadoso, pero en nada se distinguía por su individualidad, ó por lo menos, no hay dato alguno que indique lo contrario. Casó con Isabel cuando ésta contaba tan sólo diez y seis años, y vivió en compañía de Cromwell en Whitehall después de haber sido éste nombrado Protector. En aquel género de vida, propio de una corte aunque no fuese tal, Isabel Claypole reinó como soberana joven, pero reconocida, y debió tener mucho de las buenas disposiciones y tolerancia de su padre, juntamente con algo de la viveza de carácter de su hermana Brígida.

Oliverio Cromwell á la edad de dos años, de un cuadro original de la colección de Mrs. Frankland-Russell-Astley.

En la casa del Protector la posición de las mujeres debió ser particularmente enojosa; mas, á pesar de algunos comentarios desfavorables, parece que se portaron perfectamente, gracias, sobre todo, á la conducta de Isabel, en cuyo carácter encontró Cromwell la espontánea simpatía que tanto necesitaba. Los informes que han llegado hasta nosotros respecto al profundo cariño y á la buena inteligencia que mediaron entre el padre y la hija, serán asunto de otro capítulo; pero entre las diversas pruebas que demuestran la incapacidad de la señora Cromwell para apreciar á su esposo, la más concluyente es el hecho de que á Isabel fué, y no á su mujer, á quien pidió consuelo y cariño cuando comenzaba á perder la salud y las fuerzas.

Después de Isabel nació un niño, Jaime, que sólo vivió algunos días; y cinco años después, María, en febrero de 1636 ó 1637; no tenía más que veintiuno al morir su padre, y dos años antes se había casado con lord Faucomburg, que dejó muchos descendientes. La última que nació, Francisca, tuvo por esposo á mister Rich, Lord Almirante, individuo del Parlamento é íntimo amigo de Cromwell. Existen algunas cartas muy curiosas respecto á este enlace, que Cromwell desaprobaba, alegando que el joven Rich tenía costumbres demasiado libres; pero sus hermanas se concertaron para probar que se había calumniado al pretendiente: así pudieron vencer la oposición del Protector y regocijarse en su triunfo. Lo esencial de esta historia es demostrar que aquel que había conquistado dos naciones valerosas y era el hombre más grande en otra, se quemó los dedos cuando quiso intervenir en los asuntos amorosos de una mujer.

Educar nueve hijos, de los cuales todos, excepto dos, llegaron á la mayoría de edad, y sostener una familia con recursos muy moderados, es cosa que difícil-

mente hubiera podido lograrse sin el auxilio de la madre de Cromwell; pero se logró, y ni aun los adversarios realistas del Protector hicieron la menor indicación respecto á que hubiese contraído deudas, como hubiera sucedido con un hombre de costumbres desarregladas, menos virtuoso que el Protector lo fué en su juventud.

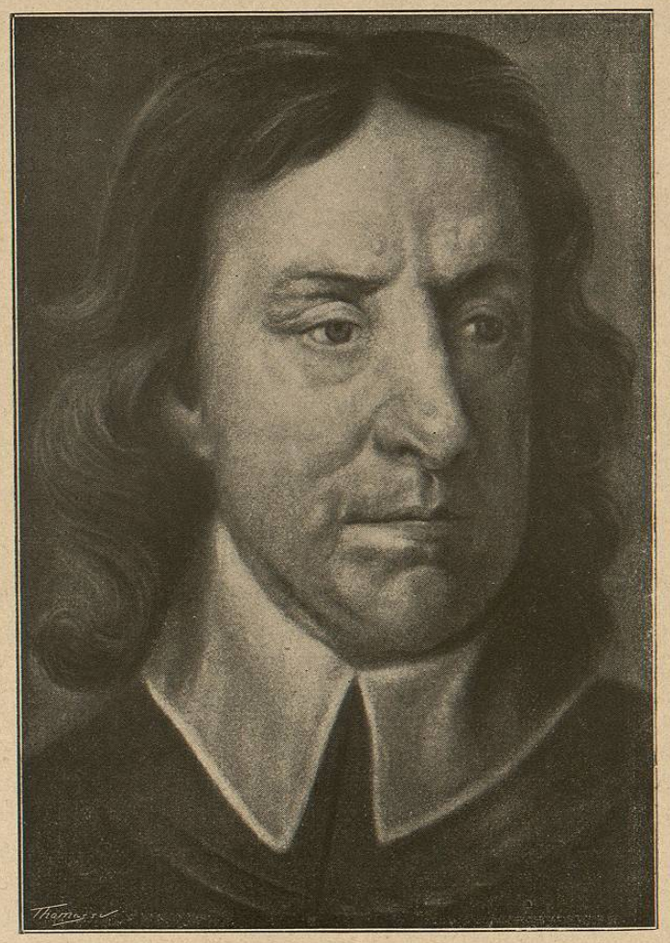
Los datos que tenemos acerca de Cromwell en aquella época nos le presentan como hombre á quien importaban poco las apariencias y que no se cuidaba tampoco de las opiniones de los demás. Hablaba poco, y dedicaba mucho tiempo, demasiado tal vez, cuando no trabajaba, á las meditaciones solitarias, y en particular al estudio de la Biblia. Cromwell leía este libro con la mayor fe y en la absoluta creencia de que sus enseñanzas y profecías eran aplicables á los asuntos públicos y á su vida privada, que ningún inglés moderno puede sin duda comprender por mucho que se empeñe en ello.

Para Cromwell, como para miles de sus contemporáneos, la Biblia era una guía segura en todos los pasos de su existencia; era la historia de las pruebas, de las creencias y de los pensamientos del pueblo más grande que el mundo ha conocido. Para un hombre como Cromwell, lanzado en las profundidades de la política del día y que se preparaba á tomar personalmente parte en sus luchas, las oraciones de los profetas hebreos y de los salmistas, sus gritos de angustia pidiendo auxilio á Dios en su desesperada situación, auxilio sin el cual no podrían vencer á sus enemigos y con el cual confiaban en recompensa de su sincera fe; todo esto, en opinión de Cromwell, tenía varios puntos de semejanza con su posición. A su manera de ver, el caso se repetía: Laud con sus comisiones eclesiásticas y leyes canónicas; las Cámaras; las condescendencias y empréstitos forzosos de Carlos; la corrupción en la corte y el despilfarro de los favoritos de la reina, eran motivos de una opresión ejercida sobre los buenos por los perversos, que Dios no tardaría en destruir y reducir á la nada.

Tal era, en pocas palabras, la creencia de los que se titulaban «puritanos,» y sus ideas sobre este punto explicaban su actitud. Los presbiterianos, los independientes, los anabaptistas y las demás sectas interpretaron cada cual á su manera los acontecimientos que ocurrieron después; y como es sabido, al fin se indispusieron unos con otros violentamente. Sin embargo, en los años en que Cromwell trabajaba con afán en Huntingdon y Saint Ives, entregándose diariamente á la oración con sus soldados, estudiando el mundo de Dios, estremeciéndose ante la perversidad de los hombres y adivinando, con una singular presciencia, las luchas que muy pronto debían empeñarse y continuar en los primeros treinta y cinco años del siglo XVII, los puritanos estaban todos de acuerdo entre sí y tenían un código de moral y un plan de vida que les era propio.

La vulgar suposición de que el «puritano» se conocía siempre por su aspecto sombrío y el corte particular de su traje es errónea, pues el individuo de una secta de aquella época era poco más ó menos lo que estamos acostumbrados á ver ahora; pero sus creencias, más tranquilas que las que se manifiestan hoy,

eran también más fervientes y concentradas. Hubo verdaderamente una atmósfera de guerra veinte años antes de que se desenvainara ningún acero, pues las nubes de las luchas intestinas se acumulan lentamente sobre un país antes de que la tempestad estalle.



Oliverio Cromwell
Cuadro original de Samuel Cooper, existente en el colegio Sidney Sussex, de Cambridge

En la vida de Cromwell, muy fatigosa y llena de ansiedades, ese constante afán de estudiar la Biblia y de asimilarse su espíritu, con el conocimiento práctico de las crisis que se producían en los asuntos públicos, debe considerarse como un ejemplo típico, que se hubiera podido encontrar por lo menos en la mitad de los hogares de Inglaterra.

Durante toda su vida, como el doctor Gardiner dice muy bien, Cromwell fué el verdadero tipo del inglés. En los primeros años de su existencia, sobre todo, mostrábase tranquilo y sereno exteriormente, pero siempre estaba agitado en su interior; se consagraba á sus tareas ordinarias con una resolución ejemplar, y preparábase, sin echarlo de ver, para el destino que debía conducirle, después de numerosas fatigas y vicisitudes, al cargo más elevado de la nación.

CAPITULO II

Cromwell ingresó en el Parlamento como diputado por Huntingdon en marzo de 1627 ó 1628, á los veintinueve años de edad. El hecho de habérsele elegido tan joven, relativamente, para un cargo tan importante, á pesar de que no era rico y de que su familia no tenía la menor influencia, prueba que su ambición de servir á la patria en un cargo público, y su disposición para desempeñarle, eran cosas bien conocidas.

En el Parlamento, Cromwell no hizo al principio nada más que votar, formando parte de varias comisiones. Hasta febrero de 1628 ó 1629 no pronunció su primer discurso, del cual conservamos algún fragmento. Era individuo de un comité religioso, constituído para informar sobre el estado á que los obispos habían llevado la Iglesia y sus ceremonias; y en calidad de tal dijo en la Cámara: «que había oído contar por un Dr. Beard que el Dr. Alabaster había predicado en Paul's Cross llanamente en sentido papista y que el obispo de Winchester le había ordenado, como diocesano, que no predicara nada en contrario. Mannering, tan censurado en esta Cámara por su sermón, ha sido recompensado por el mismo obispo con una rica prebenda. Si este es el modo de alcanzar dignidades eclesiásticas, ¿qué podemos esperar?»

En aquel discurso no se encuentra nada notable; sin embargo, merece consignarse como dato muy significativo, que la religión y no la política fué lo que primero le indujo á lanzarse en la palestra. Aunque sus constantes relaciones con los hombres y su práctica en los asuntos públicos, así como la presión de las circunstancias en su época, le condujeron á ser inteligente administrador, y aún mejor soldado, la religión, tal como la consideraba, fué siempre para él preferente á todo. La repulsión que á los hombres inspiró y aún inspira la «hipocresía de Cromwell» se funda en la completa falta de comprensión del principio en que se inspiró, del eje sobre el cual giraron la vida y la conducta de aquel hombre.

Cromwell no fué nunca fanático; aborrecía la estrechez de ideas y consideraba que las prácticas inquisitoriales para sondear las conciencias de los demás hombres, prácticas á que se mostraban tanto ó más inclinados que los sacerdotes los llamados presbíteros escoceses, eran injustificables é inoportunas. Pero, á